

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 225.—Apuntes geológico-militares de la Península Ibérica (continuación), por don Juan Luengo, capitán de Ingenieros; página 227.—Oficiales subalternos, por don Niceto Mayoral, coronel de Infantería; página 230.—Enseñanzas tácticas de la guerra boer (continuación), por el Marqués de Zayas, comandante de E. M.; pág. 235.—La tracción mecánica y sus aplicaciones á la guerra (continuación); pág. 237.—Revista de la prensa militar extranjera; página 239.

MANUAL PRÁCTICO DE HIGIENE MILITAR, por el Doctor A. Navarra Contreras, primer teniente del Cuerpo de Carabineros.—Pliegos 1 y 2.

CRÓNICA GENERAL

SOBRE LAS REFORMAS MILITARES.—RESULTADO FINAL DE LAS MISMAS.—
FALTA DE CONSTANCIA EN DESARROLLAR LAS REFORMAS COMENZADAS.—
EL PROBLEMA DE LOS SARGENTOS.—LOS PROFESIONALES EN EL EJÉRCITO ALEMÁN.—SU PAPEL DE NÚCLEO PERMANENTE DEL EJÉRCITO.—NUESTRO CAMINO ÚNICO.

Abarcando en su conjunto veinte ó más años de nuestra organización militar, apenas se nota tendencia alguna persistente en la serie de reformas que dicha organización ha sufrido. Muchas de estas reformas han sido variaciones sobre los mismos temas: mesas del ministerio, zonas, regimientos de reserva, y pare usted de contar. Así, de todo lo hecho y deshecho en tantos años, lo único de que ha quedado rastro han sido la supresión de varias capitanías generales, y la afirmación, convertida en hecho, de que todo oficial del ejército debe proceder de una academia militar.

La supresión de varias capitanías generales no ha tenido otra consecuencia que la de reducir algo ciertos gastos militares, de modo que, pudiendo ser el comienzo de una verdadera reorganización militar, se quedó el asunto en flor, y resultó sencillamente esto: que hay menos capitanías generales que las que había antes, y que éstas se hallan más cargadas de papeles, sin duda porque el aumento del papel es el resultado final de todas las reformas militares.

Respecto á la unidad de procedencia conseguida en la infantería y caballería, debe decirse que esta útil reforma, que tanto desearon dichas armas, se quedó también en el aire; de modo, que no habiéndose deriva-

do de este hecho principal las consecuencias que eran necesarias, la organización y eficacia del ejército se ha resentido de ello; y no ciertamente por causa de la mejora considerada en sí misma, sino por culpa de los que no han querido desarrollarla y ligarla al resto de la organización militar.

La consecuencia más grande de esta reforma fué establecer que los sargentos no podrían ascender á oficial. Se miró, pues, mucho y bien un lado del problema: los oficiales de infantería y caballería procederán *todos* de sus academias militares; pero de aquí ya no se pasó, y dejóse el problema de las clases de tropa en el más lamentable abandono; de manera que pasan años y más años sin que nadie dedique á él cinco minutos de atención. Las guerras coloniales exigieron la improvisación de oficiales, y los sargentos fueron ascendidos sin preparación alguna. Acabaron las guerras, y los oficiales útiles para campaña fueron inútiles para el servicio de la paz, y pasaron á la reserva, para vivir muchos años, ó para medio vivir, si se quiere, á costa del presupuesto, sin prestar servicio alguno á la cosa militar.

La unidad de procedencia está, pues, salvada, y está muy bien, en nuestro concepto, que se haya salvado; pero lo que no se ha salvado es la seriedad de nuestra organización militar, que cuando quiere hace de los sargentos oficiales útiles para la guerra y cuando no quiera les cierra las puertas de la vida militar.

La dichosa organización alemana, que tanto cautivó á nuestros organizadores, no les seduce hasta el punto de estudiarla en su esencia. Cuando son cosas de relumbrón, que llevan nombres altisonantes, se habla mucho de cosas alemanas. Cuando se dice que en Alemania hay, proporcionalmente, infinitos menos generales y oficiales que en España, apartan á un lado el modelo, haciendo como que no lo ven.

En Alemania se ha concedido siempre, y hoy más que nunca, por lo mismo que el servicio militar es de duración más corta, un papel importantísimo á las clases de tropa, al soldado que funda en la profesión de las armas, toda su existencia. Y es porque han comprendido que eso de un uniforme más ó menos vistoso, con fusil y un baño de instrucción un *hombre* se convierte en un *soldado*, es bueno para dicho, pero malo para creído. Así, los alemanes, para dar nervio y vigor á toda esa gente allegadiza que llega á las filas cada año, la sueldan á un número considerable de *profesionales* que conocen bien á fondo sus deberes militares. El número de profesionales se eleva actualmente en Alemania á la enorme cifra de 90.000 suboficiales de diversas categorías, soldados distinguidos y simples soldados reenganchados.

¿Qué le parece al lector la cifra? ¿No es cierto que esto del servicio militar de dos años, que nos cuentan los reformistas, hay que verlo de cerca? ¿No es verdad que hay una distancia enorme entre un ejército

compuesto enteramente de reclutas mal instruidos, y otro ejército que por cada cinco bisoños bien instruidos hay un profesional que le *encuadra* y mantiene en su puesto y en su obligación?

A nosotros se nos tiene tan engañados sobre lo que es un ejército moderno, *de verdad*, que afirmariamos,—sin querer con esto ofender á nadie,—que la inmensa mayoría de los oficiales españoles no sabe que en Alemania hay este núcleo de soldados de profesión. Nos han dicho: esto es milicia; con los reclutas que te damos forma un ejército, como así se hace en todas partes. Y esto es falso. Tal como está compuesto—no diremos organizado—el ejército español, su eficacia es poco más que nula, y lo será, á pesar de todos los esfuerzos, por laudables é inteligentes que sean, mientras no se devuelva á sus miembros la proporción que tienen completamente perdida. Reducir de un modo radical la masa enorme de la oficialidad, suprimiendo, de paso, los mil centros inútiles en que se aparenta que se la ocupa; emplear los millones ahorrados en mejorar la posición de los oficiales estrictamente necesarios, y dar al soldado y á las clases de tropa la instrucción y porvenir que al ejército mismo conviene: tal es el primer paso, absolutamente necesario para que la institución militar adquiera la fuerza de acción de que ha carecido hace ya cerca de medio siglo, carece actualmente, y carecerá en lo sucesivo si con resolución firmísima no salimos del atolladero en que estamos metidos, consumiendo un presupuesto verdaderamente monstruoso, y teniendo oficiales, clases y soldados escasamente retribuidos, el material de guerra y las fortificaciones gimiendo y llorando y careciendo de una sola compañía dispuesta á salir á campaña.

NIEMAND.

1.º de Septiembre de 1902.



APUNTES GEOLÓGICO-MILITARES DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

(Continuación)

De los cretáceos Altos de Cabrejas arranca la divisoria de los valles del Tajo y del Guadiana, dirigiéndose luego hacia el SO. por el centro de la elevada meseta miocena de Castilla la Nueva, hasta alcanzar los montes de Toledo que empalman con las sierras de Guadalupe, de Montánchez y de San Pedro (todas de formación primaria) como también las de San Mamede y Portalegre en Portugal. A partir de estos últimos puntos, recórdase la divisoria bruscamente hacia el S., ganando la Sierra de Ossa (granítica) desde la que sigue á la de Malhao (siluriana). Al occidente de las últimas queda no solo el valle del Tajo y de sus afluentes,

sino también los de otros ríos de poca entidad, que regando el territorio portugués, van á desaguar en el Mar Atlántico.

De tal divisoria no tiene interés para nuestro objeto, más que los Altos de Cabrejas contiguos á la serranía de Cuenca y las sierras inmediatas á la frontera portuguesa, de las cuales podríamos servirnos como posición de flanco, para el caso, no verosímil, de que el vecino reino aliado con otra nación nos hiciese la guerra.

De las tres cordilleras centrales de la Península, la Carpeto-Vetónica es la que con más razón merece tal calificativo, marcando á la vez con gran exactitud el límite entre las vaguadas del Tajo y del Duero: su constitución casi exclusivamente granítica, induce á sospechar que debe ser de formación contemporánea á los terrenos de Galicia y del N. de Portugal. En los Altos de Barahona, (contiguos á la Sierra-Ministra) tiene su origen, pasa desde ellos á la sierra de Ayllón, se empalma con la de Guadarrama, uniéndose á la de Malagán y Paramera de Ávila, eslabonándose por medio de una fuerte inflexión hacia el S. con la sierra de Gredos, de donde vuelve hacia el N. por Tornavacas, para ganar la Peña de Francia y la sierra de Gata, penetrando finalmente en Portugal por la Sierra de las Mesas, que en unión de la de la Estrella y la de la Losa forman la terminación de la divisoria de que se trata.

Las cualidades defensivas de esta cordillera residen, como claramente se vé, en formar un obstáculo natural al avance de los ejércitos, que bien procediendo de la parte norte de Portugal ó de Francia, operasen en la meseta de Castilla la Vieja, con el objeto de ocupar á Madrid: pero forzado el paso, la mejor solución para el ejército defensor sería, acogerse á las escabrosidades de la serranía de Cuenca, á fin de rehacerse en ellas.

Después de bosquejar someramente las divisorias de los cursos de agua más importantes, procede hacer lo propio con los fondos de sus valles, en los cuales, aun más que en las montañas, tendremos ocasión de observar singularidades y anomalías tan notables, que por sí solas son suficientes para que pueda calificarse nuestra patria de país de los vice-versa.

Prescindiendo de la cuenca del Miño y de otros ríos galáicos de menor cuantía que nacen y corren en terrenos primarios, desembocando en alguna de las numerosas rías que caprichosamente recortan las costas de tan pintoresca región, y haciendo también caso omiso de las torrenteras que vierten sus aguas en el mar Cantábrico, análogas á las anteriores en lo accidentado de su curso, pero diferentes de ellos por la distinta composición de los terrenos carboníferos y secundarios que surcan, se bosquejará geológicamente en primer término la cuenca del Duero.

Por sabido se calla, que este río nace en el pico de Urbión, atravesando los terrenos cretáceos de la serranía de Soria, para penetrar á partir de este punto en las llanuras miocenas de Castilla la Vieja, limitadas al

Norte por los montes cantábricos y al S. por la cordillera Carpeto-Vetónica.

La extensa meseta septentrional de nuestro país, no está formada exclusivamente por terreno terciario, pues parte de las provincias de León, Palencia, Salamanca y Valladolid, están constituidas por terrenos cuaternarios, lo que explica la fertilidad de esas comarcas, cuando el cielo les otorga el agua necesaria.

Desde Zamora hasta Oporto varia la cuenca del Duero radicalmente, convirtiéndose los terrenos miocenos de Castilla en los graníticos y silurianos de la Beira y Tras-os-montes, circunstancia que desde el punto de vista militar, favorece sobremanera á nuestros vecinos. Este es uno de los casos en que palmariamente se vé la importancia de la aplicación de la geología á la estrategia, pues examinando un mapa ordinario, parece que no habría inconveniente en seguir la cuenca del Duero para ocupar á Oporto, descendiendo luego á lo largo de la costa, para atacar á Lisboa en combinación con otras tropas que maniobraran en la Extremadura portuguesa. Cuantas veces se ha intentado esa operación en diversas épocas, ha fracasado lamentablemente, y la razón de ello ha sido, es y será (mientras el Sumo Hacedor no disponga otra cosa) que la cuenca portuguesa del Duero, á consecuencia de ser una potente formación granítico-siluriana, se presta admirablemente á la guerra defensiva, tanto, que en toda la extensa comarca que comprende desde Braganza hasta Castello-Branco, está cimentada la existencia nacional de nuestros hermanos.

Pondremos por ahora punto final en lo relativo á la importante cuenca del Duero, sin perjuicio de insistir sobre este asunto, cuando se esboce el bosquejo de defensa de costas y fronteras.

Desde la niñez sabemos que el río Tajo, nace en la sierra de Albarraçin: corre al principio por los terrenos jurásicos de ella, atraviesa las formaciones cretáceas de la serranía de Cuenca y recorre de NE. á SO. las llanuras de Castilla la Nueva, miocenas en su casi totalidad, salvo una parte de la provincia de Madrid perteneciente al periodo diluviano. Cerca de Talavera de la Reina se engolfa en los terrenos silurio-graníticos de la provincia de Cáceres que dán á su curso un carácter sumamente accidentado, pasando á Portugal, en donde á su derecha deja los terrenos primarios y secundarios de la Beira, y á su izquierda, las formaciones terciarias de la Extremadura portuguesa, precipitándose finalmente en el Atlántico por el magnífico estuario de Lisboa.

JUAN LUENGO,

Capitán de Ingenieros

(Continuará)



OFICIALES SUBALTERNOS

Despreocupación, alegría, buen humor, deseo de diversiones, excelente apetito y poco dinero, son las cualidades características de los subalternos. No son permanentes; tienen alternativas más ó menos duraderas, determinadas por la diferencia que existe entre el poco dinero que generalmente padecen y el ninguno que con frecuencia sufren.

Es temible la cuesta arriba del 20 al 30 de cada mes, sin que deje de ser penosa la que suben del 10 al 20.

El día 1.º, todo es jolgorio hasta el momento de hacer la distribución de sus fondos. Un velo triste cubre sus semblantes al ver la cantidad de que pueden disponer para sus gastos personales y de sociedad, pero dura poco; son filósofos á su modo y pronto aparece la conformidad y la alegría en sus rostros, porque reflejan conciencias tranquilas.

Viven como Dios les dá á entender; en república ó en monarquía, sin que se pueda decir con cuál de los sistemas lo pasan peor.

Más que desprendidos, son espléndidos; su última peseta baila en sus bolsillos; la sugetan reservándola para tabaco; pero, si alguien la busca, seguramente la encuentra y fuman de los compañeros ó no fuman.

Son pocos los que tienen asignación mensual de sus familias, y una observación minuciosa nos ha hecho ver que no son éstos los que viven mejor: la generalidad se sostienen, viven y se divierten con sus pagas. No tienen comunmente deudas porque se atienen á sus recursos; no son viciosos; les resultan atrasos porque sus haberes no son suficientes para pagar al contado las prendas de uniforme que necesitan y vivir, quedándoles pendientes de pago algunas cuentas que van poco á poco extinguiendo. Cuando estos atrasos se hacen de alguna consideración, dán la voz de alarma á sus familias ó á sus jefes y siempre encuentran recursos en las primeras ó protección y facilidad para salir del mal paso ó del atraco en los segundos; pero antes de cantar esta palinodia, han sufrido verdaderos tormentos, sosteniendo una lucha interior terrible. Su pundonor se subleva ante la consideración de que llegue á conocimiento del jefe su situación económica por medio de una reclamación, ó de imponer á sus familias sacrificios que acaso no pueden soportar, entrando por mucho en su malestar la consideración del concepto que se pueda formar acerca de su conducta. Protestan, y con razón, de cualquier palabra que tienda á mortificarles, porque no acaban de persuadirse, y hacen bien, de que no obran como exige su posición, la sociedad en que viven y lo que demandan sus jefes y el ejército.

Entre ellos reina confianza ilimitada; lo mismo dán ó piden un cigarrillo que diez céntimos, y lo hacen con toda claridad, al desnudo: *pido tabaco ó céntimos porque no tengo y fumo ó los necesito*, dándolos ó recibéndolos como la cosa más natural, sin rubor y sin conceder importancia

à esto, porque existe una cierta mancomunidad que, sin llegar à la confusión de intereses, les dá derecho para estos actos y otros de mayor cuantía. Más frecuentemente que à sus jefes y familias, se descubren à sus capitanes que, siempre que pueden, remedian las necesidades de los subalternos. No es bueno deber à nadie, pero, con franqueza decimos, que hemos visto con placer las pequeñas deudas de los subalternos con los capitanes de sus compañías. Vemos en esto algo de la dirección del maestro para con sus discípulos, del amparo del tutor para con sus pupilos, del cariño y protección del padre para con sus hijos; vemos además algo de subordinación y un acto superior de disciplina en el que dá y en el que recibe, y, por de contado, bien cimentadas y establecidas debidamente las relaciones que deben existir entre los capitanes y subalternos. La deuda en sentido inverso sería gravísima falta; pero, en el que analizamos, nos parece más un bien que un mal. La unión íntima de los capitanes con sus subalternos dá excelentes resultados, cuando cada uno ocupa el puesto que le corresponde. La protección de los primeros para los segundos, es garantía de buen cumplimiento; la de éstos à aquellos es principio de desquizamiento y de olvido de todos los deberes en unos y otros.

Ahora que tanto necesitamos, que tanto bien podríamos hacer con este buen humor que Dios nos ha dado, con las fuerzas que tenemos para gastar y divertirnos, ¿por qué no tendremos siquiera la paga del coronel, empezando por ahí nuestra carrera, dejando para más adelante, para cuando las canas blanqueen nuestras cabezas, las de segundo ó primer teniente? Este es el ideal de estas valerosas y alegres criaturas: estos deseos los hemos tenido también en esa dichosa edad, y al avanzar en el camino que vamos recorriendo, nos convencemos de que las necesidades aumentan mucho más rápidamente que los sueldos, y que, sin pensar en devaneos ni en diversiones, apenas si se tiene lo necesario para vivir y para sostener la posición que se ocupa con el decoro que exige.

Las necesidades no atendidas y la falta de medios, no las vé la sociedad civil en los subalternos; las presiente nada más.

Limpios, con sus uniformes irreprochables, solo se presentan en sociedad, ó donde hay que gastar, cuando tienen la seguridad de salir airosos del empeño (aunque para ello tengan que empeñar alguna cosa) y téngase en cuenta que su duro es el primero que aparece sobre la mesa ó en manos de quién sirva, sin permitírse en esto confianzas con gentes ajenas à sus compañeros. El más pequeño favor que proviene de fuera, los humilla y son sumamente recelosos cuando se les obsequia, pensando en si cometerán abuso ó se formará de ellos mala idea.

Cuando les falta el dinero, *se quedan en casa* ó se reúnen aquellos à quienes aqueja la misma enfermedad para comunicarse sus penas, para hacer cálculos sobre lo que ha de traerles el próximo sorteo de la lotería, à la que no han jugado, para hablar de sus novias, ponderando las con-

quistas, que no han hecho, y casi siempre terminan hablando mal del carácter de los jefes, que son unos ogros porque les hacen trabajar mucho, porque debieran hacerles trabajar más, ó distribuir el trabajo de modo distinto á lo que han dispuesto. Pero esto no dura más tiempo que el en que están bajo sus órdenes; apenas dejan de depender de él, por pase á otros destinos ó por cualquiera causa, respetan su memoria, le comparan con el que nuevamente les manda, y ven en el jefe que han perdido al perfecto militar, al caballero á quien les instruía y dirigía bien, guardando las críticas para el presente. Siguen en esto la ley universal de cargarles el Prior, sea quién fuere.

Hay en la mayoría de los cuerpos dos ó tres subalternos que en esto de murmuraciones y críticas, llevan la voz cantante; no causan males con sus desahogos; son expansiones hijas de la espontaneidad del carácter que no pueden reprimir, y de la mortificación que les produce la orden que deben cumplir; pero si estas críticas llegan á hacerse delante de inferiores, ó son autorizadas con la presencia de alguien de empleo superior, entonces son perjudicialísimas y deben cortarse, aunque para ello sean necesarios medios enérgicos, con los de más categoría, naturalmente.

Saben á qué atenerse con respecto á sus jefes; los conocen perfectamente y adivinan las palabras que les van á dirigir según la ocasión: sacan partido para sus críticas de la falta de expresión, de las repeticiones de concepto ó de dicción, y si el jefe tiene la debilidad de emplear con frecuencia algún modismo ó frase, éste será el sonsonete de ellos para empezar á divertirse.

Creo que esto no se debe permitir para que no vaya en aumento, pasando á críticas de mayor importancia ó á actos que deban ser reprimidos severamente; pero me parece que no deben los jefes extremar su vigilancia ni ser intransigentes con la juventud y con la misma naturaleza humana, que lleva en sí este aderezo para hacer más agradable la vida ó para que pesen menos los sinsabores de la profesión; son válvulas que sirven para disminuir la presión interior y muchas veces el vapor que arrojan es una buena lección y enseñanza. Por otra parte, es más que insensato el que se cree infalible y el que no admite análisis de sus actos. Entre estas expansiones que pueden molestar más ó menos, y el introducir la desunión, la desconfianza, el recelo, entre los oficiales destruyendo el compañerismo, debe optarse por lo primero, que será un mal, sí, pero de consecuencias casi insignificantes y siempre menores que las que provienen del segundo procedimiento.

Tengan presente los jefes que serán tanto más criticados, cuanto más traten de impedirlo. Desapasionamiento, calma, estricta justicia, sin preocuparse para nada del concepto del inferior, que será irremisiblemente bueno si se obra así, y sobre todo si se desprecia la populacheria; buen

trato y serio con los inferiores, sin permitirse más expansiones que aquellas que pueden tenerse en todo momento; alejamiento absoluto de preferencias determinadas por simpatías particulares ó por servicios personales; pocas reprensiones ó castigos y éstos por faltas no buscadas, sino por las que se presenten en el celo y vigilancia que se debe tener; ningún pláceme por el regular cumplimiento del deber ni regateo del aplauso cuando en él se han excedido, son los medios más seguros de evitar la murmuración y la crítica, porque se quita el pretexto para ella; y si aun obrando de esta manera la hacen, tiene tan poca importancia y dura tan poco, que ellos mismos se castigan avergonzándose de su proceder.

Son muchos, y muy penosos, los deberes de los subalternos; están constantemente analizados sus actos, y en ocasiones, con demasia; todo vá hoy á parar en ellos; desde los detalles más insignificantes del servicio y régimen interior de las compañías, hasta el desempeño de las funciones más importantes del ejército ante el enemigo, donde generalmente es necesario, indispensable por desgracia, imponerles el sacrificio de sus vidas.

Siendo tan grandes los deberes, no se les debe negar cierta expansión cuando no pasa de los límites que permiten la subordinación y buena disciplina de los Cuerpos. El jefe debe oír todo lo que se relacione con el regimiento, venga de donde viniere; pero debe discurrir con acierto acerca de la importancia de lo que se le dice, para decidir sobre lo que debe tener en cuenta y aquello que debe despreciar.

No son más adictos ni los mejores, aquellos que procuran ocultar sus faltas mostrando las de los compañeros.

Dá buen resultado, generalmente, hacer como que no se oyen ciertas palabras y conceptos, cuando el que los pronuncia lo hace sin intención de que las oiga el jefe, por una impresión que no se ha podido dominar; pero cuando la intención es manifiesta, cometiendo acto de indisciplina ó insubordinación, debe el jefe ser inexorable exigiendo, no satisfacción de agravio, sino toda la responsabilidad que determinan las ordenanzas y los códigos. Delicado es el distinguir uno y otro caso, porque la forma es la misma, pero es necesario, para no incurrir en debilidad y falta de carácter ó para no llevar las cosas á extremos lamentables, cuando no hay causa ni razón para ello.

En ninguna ocasión deben permitir los jefes que se alteren las relaciones oficiales en cualquier asunto que haya tenido su origen en la milicia. La ordenanza asegura á todos el recurso, y con los códigos, define si ha habido ó no agravio, determinan la satisfacción que debe recibir el agraviado, y el castigo á que se haya hecho acreedor el causante. Obrar de otro modo, es destruir la subordinación y disciplina por los encargados principalmente de sostener esas virtudes militares, que son las bases fundamentales de nuestra existencia.

Tratemos de evitar la crítica con nuestro proceder; aminorémosla, si es que por nuestro carácter ha de existir, y no nos manifestemos con piel tan delicada, que nos moleste lo que no sea adulación ó aplauso para nuestra persona ó disposiciones.

Nuestros subalternos son buenos, excelentes; tienen cualidades apreciables y defectos que debemos atenuar: unas y otros son de temperamento, pertenecen á la sociedad en que vivimos, á la atmósfera que respiramos, son inherentes á la raza, y cuando ésta se modifique y cambie, cambiará también su modo de producirse, nuestra manera de ser.

No caigamos en la vulgaridad de decir que en el ejército ruso, alemán ó chino, sucede así ó de la otra manera; allí sucede lo que debe suceder, deduciéndose lo que en ellos vemos de las situaciones morales y materiales de las sociedades que constituyen aquellos ejércitos, de la disciplina social, de su instrucción, de su nivel intelectual, de la luz que les alumbraba, de la composición del aire que respiran, de la temperatura reinante, de las aguas y alimentos que les nutren, y de mil y mil circunstancias que establecen diferencias esenciales entre ellos y con nosotros. Esto, sin tener en cuenta las de constitución, de historia, de topografía, de costumbres, de creencias, y de tantas y tantas cosas como modifican al hombre.

Somos como debemos ser, y á lo que somos debemos atenernos.

Nada más peligroso que traer usos y costumbres exóticas por comparar lo que es heterogéneo: lo muy bueno en Alemania, Rusia ó Francia, puede ser muy malo para España. Las leyes, las disposiciones más sabias en absoluto, dejan de ser provechosas, son por el contrario malas, cuando no están estudiadas con relación al pueblo ó al ejército que las debe recibir y cumplir. Los oficiales de otros países tienen también sus defectos y no vienen á buscar en nuestra organización social ó militar la manera de hacerlos desaparecer ó de que sean menores.

Conformémonos con lo que tenemos, porque es mejor que lo que producen otros países. Alegres, decidores, criticones, son nuestros subalternos la alegría de los Cuerpos en paz y en guerra y de la sociedad en que vivimos, no faltándoles nobleza, corazón y honor. En cuanto á instrucción, tienen la suficiente para el desempeño de sus funciones; están preparados para recibir la que se les quiera dar y sus deficiencias no nacen de ellos: enséñeseles, que con gusto aprenderán dándoles los medios necesarios para completar con la práctica la instrucción teórica que han recibido en sus academias.

Logroño 30 Julio 1902.

NICETO MAYORAL,
Coronel de Infantería.



ENSEÑANZAS TÁCTICAS DE LA GUERRA BOER

(Continuación)

La línea de tiradores de los ingleses en terrenos abiertos fué demasiado densa, impidiendo esta circunstancia que se aprovecharan bien los abrigos del suelo y que el fuego tuviera toda su eficacia á las distancias medias.

Acusan las experiencias de la Escuela de tiro alemana que á estas distancias se obtiene un número de impactos igual al 5 por 100 de las municiones, y que, á igualdad de fuerza de dos guerrillas opuestas, las bajas ocasionadas á la enemiga oscilan entre un 25 y un 35 por 100. Muy por debajo de estas cifras está el tanto por ciento de boers puestos fuera de combate, en cada una de las tres batallas referidas, por medio de los fuegos de infantería y artillería de los ingleses. En Magersfontein no pasó de 3,6; en Colenso y Spionkop fué de 1,5 y 7,5 respectivamente; y aun descontando una tercera parte, como producida por la artillería, queda para el fuego de fusilería inglés un promedio de bajas inferior á un 5 por 100.

Desde luego, la primera causa de este mínimo resultado fué debido á la falta de instrucción de tiro del soldado inglés; pero es lógico suponer que desplegados los tiradores en guerrilla sin ningún intervalo se estorbarían mutuamente para hacer uso de sus armas; las bajas se aglomorarían en un momento sobre un pequeño espacio, relajándose también muy pronto la disciplina del fuego. Ningún caso se hizo del precepto reglamentario que impone el fuego por descargas, y no contenidos los tiradores por el freno del reglamento, ni guiados tampoco por su práctica, dispararon al azar, la mayor parte de las veces, hacia las alturas donde se presumía al enemigo.

Para justificar estas faltas, alegaron los ingleses en sus partes la *imposibilidad* de descubrir al enemigo establecido en sus posiciones, y debieron con mayor sinceridad haber confesado su poco hábito en reconocer con prontitud sobre el terreno pequeños objetivos de combate. De aquí se deriva, como enseñanza provechosa, la importancia de prácticas muy repetidas para que los oficiales y tropa se acostumbren á distinguir, á simple vista ó con buenos anteojos, los blancos que presentan las cabezas de enemigos ocultos detrás de parapetos, la posición de baterías semicubiertas ó cubiertas del todo, y otros detalles que junto con la apreciación de la distancia, constituyen datos indispensables para el buen resultado de los fuegos de una guerrilla.

La guerra boer ha derogado definitivamente el empleo de líneas de tiradores sin intervalos, como las que los ingleses, afanosos por conseguir desde el primer momento la superioridad del fuego, desplegaron al

empeñar la acción; pero fuera absurdo inferir de aquí la máxima inalterable de que una guerrilla tenue es más conveniente que una densa.

En terrenos abiertos, desprovistos de todo abrigo, las bajas sufridas por una guerrilla están en razón directa de su densidad, de modo que si una línea de tiradores con intervalos estrechos combate contra otra cuyos intervalos estén muy aclarados, existirá siempre la lucha de la mayoría contra la minoría.

Esto no obstante, recordando el efecto moral que produce en una tropa la aglomeración de bajas en un reducido espacio y los inconvenientes que esto acarrea para la metódica y tranquila ejecución de los fuegos, hay que declararse en favor de las guerrillas tenues, como primer elemento de acción que, á costa de un número de bajas relativamente pequeño, va atrayendo hacia sí con toda regularidad y sencillez los escalones de retaguardia á medida que avanza hacia la estación principal de fuegos, desde la cual ha de ejercer su predominio y decidir la lucha.

Es falso, tratándose de avanzar una espesa línea de tiradores, aplicar el principio de que es preferible el efecto de los fuegos á cubrir los individuos, pues los intervalos en grande y pequeña escala son una exigencia ineludible de la acción del fusil repetidor. El arte del director consistirá en no disgregar demasiado las fuerzas.

Critica es la operación de aproximar refuerzos á la línea de fuego, ante un adversario como el boer, que espía atentamente todos los momentos favorables para convergir todos sus disparos sobre una zona determinada. De toda regularidad, de todo esquema hay que preservarse con el mayor cuidado, y se buscará el momento en que el enemigo parezca desprevenido para hacer avanzar sin interrupción los sostenes desplegados, y para llevarlos en esta forma á la guerrilla por medio de saltos, cuya longitud y pausas serán variables según las condiciones del terreno y disposiciones del enemigo.

Refiéjanse las ventajas del empleo de guerrillas poco densas en la posibilidad de aumentar los frentes de despliegue, favoreciéndose así la energía de los fuegos. Cree Lindenau que una compañía debe cubrir un frente de 130 metros; un batallón, 400; un regimiento, 700; una brigada, 1.500. Los rusos y franceses han introducido en sus reglamentos modificaciones análogas en este sentido.

Para hacer más perceptibles las dificultades actuales del avance á saltos, copia Lindenau el siguiente párrafo del folleto «Consideraciones militares sobre la guerra del Africa del Sur»: «Los individuos de la guerrilla se ponían en pié con vacilaciones y sucesivamente. De esta manera se daba tiempo al enemigo, que ya estaba muy vigilante, para dirigir un certero y nutrido fuego contra los ingleses que más tardaban en levantarse. También, por razón del excesivo número de bajas, fué imposible ejecutar saltos cortos con líneas largas. Los pequeños grupos en cambio,

podían moverse por sorpresa, lo cual, en mi opinión, es lo único que garantiza este movimiento. Así, pues, el salto debe durar tanto como dure la sorpresa del enemigo, y no se llamará la atención de éste, suspendiendo de pronto el fuego. Sólo con pequeños grupos se logrará este resultado».

A pesar de la autoridad que concede Lindenau al autor de este folleto, no se declara partidario de que los saltos sean efectuados por tan pequeñas fracciones.

En el campo de ejercicios, después de ensayos hechos con el mayor esmero, se ha observado que una compañía en pié de guerra, desplegada en guerrilla, tardaba de 8 á 10 segundos en empezar el salto, aun dando la voz de mando en medio de un nutrido fuego á discreción; y que practicadas experiencias con unidades menores, secciones y pelotones, este intervalo de tiempo no disminuía sensiblemente.

MARQUÉS DE ZAYAS

Comandante de E. M.

(Concluirá)



LA TRACCIÓN MECÁNICA Y SUS APLICACIONES Á LA GUERRA

(Continuación)

VIII.—Comparación del transporte por medio de locomóviles con el de los ferrocarriles portátiles

Al proponer la introducción de la locomóvil ordinaria para el servicio de transportes en tiempo de guerra, se suele objetar que el ejército posee ya el ferrocarril portátil, cuyo rendimiento es diez veces mayor que el de la locomóvil en carretera.

A este propósito conviene tener muy presente, que una guerra futura entre dos grandes Estados, que será una verdadera lucha por la existencia, se desarrollará con mucha mayor energía y tenacidad que otras veces; esta idea, que ha penetrado en la población civil, induce á muchos á considerar como el ideal de la conducta del pueblo en la guerra, el procedimiento seguido por los rusos en 1812. Aunque no es de creer que se llegue á tal extremo, no es menos cierto que habrá que contar desde el principio de las operaciones con la resistencia enérgica del país enemigo, aparte de la que presente el ejército, como ocurrió en Francia en 1870, durante el último periodo de la guerra.

El material de vía férrea portátil que se tenga dispuesto en tiempo de paz, no bastará siempre para restablecer y completar las líneas destruidas; pero aunque bastara, durante el tiempo, á menudo muy largo, in-

vertido en tales trabajos, el transporte de mercancías por medio de locomóviles es el que únicamente puede llenar todas las necesidades. Esta ventaja debería bastar por sí sola para que se procurara la adquisición del material de transporte indispensable, adoptando las medidas necesarias desde el tiempo de paz.

Por abundante que sea el material portátil de vía férrea, se consumirá siempre en restablecer las líneas destruidas, lo que obliga á pensar en el medio de proveer á las necesidades que se presentan en los sitios de plazas, pues no es admisible que se pueda satisfacer esta última exigencia con el material disponible en el país; además, el transporte de este material por las líneas férreas, quizás llegue á ser tan considerable que se entorpezca y dificulte el servicio de abastecimientos.

Cuando se hace la guerra en país enemigo, la dirección del ejército siempre tiene en cuenta los medios de transporte disponibles. A la tracción animal, se agrega ahora la vía férrea portátil, que tanto se emplea para las necesidades de la agricultura, la explotación de minas, la tala de bosques, movimientos de tierras, etc., hasta el punto de que se puede abrigar la seguridad de encontrar este medio de transporte en todas partes, salvo en los alrededores de las plazas fuertes, de donde lo habrá retirado la guarnición.

Las locomóviles ordinarias servirán perfectamente para reunir este material ante una plaza fortificada, en el sitio donde haya de utilizarlo el ingeniero ó artillero. Cuantas veces la marcha adelante de un ejército sufra una interrupción por cualquier causa, el número de caballos necesarios en estas ocasiones para formar almacenes y transportar víveres y forrajes, cañones y municiones, es tan grande, que con frecuencia no se dispondrá del necesario para el transporte del material portátil de ferrocarril (1).

El coronel austriaco Tilschkert hace resaltar, en una de sus conferencias, la importancia que se concede al material portátil desde el punto de vista de la guerra de sitios: «La vía portátil tiene tramos de solo 1 metro de longitud; sus vagones transportan seis toneladas de cañones (morteros de 21 cm. y cañones de 15 cm.); la tracción se ejerce por dos caballos, aun en pendientes de 1 : 10, y la facilidad de adoptar curvas de corto radio, 5 metros, las hace muy á propósito para plegarse al terreno y terminar en las baterías. Por medio de cuñas y palancas se pueden cargar y descargar las piezas de sitio de mayor peso en menos de diez minutos, y conducirlas sobre plataformas, franqueando rampas de 1 : 10. Una línea portátil para trincheras (servida por hombres) de 90 cm. de anchura, asegura el transporte á cubierto en la trinchera durante el día y la no-

(1) Kastenholz—Die Belagerung von Belfort,—1870-71.—Berlín, 1875, 2.^a parte, página 88.

che, y suministra todos los objetos necesarios para que la tropa se aloje á cubierto..... El sitio futuro no conocerá dificultades para el transporte de la artillería. Gracias á los ferrocarriles portátiles, todo el terreno que hay delante de una plaza fuerte, se transformará en una vasta superficie cercada por fáciles comunicaciones. Los caminos que hay cerca de las fortalezas, han perdido su antigua importancia».

Mas para llegar á este brillante resultado, es preciso que se disponga de medios dinámicos destinados á reunir, por medio de la tracción mecánica en carretera, el material y los carriles diseminados en el país; los ferrocarriles portátiles y las locomotoras de carretera, se completan mutuamente en los efectos que han de llenar.

(Continuará)

REVISTA DE LA PRENSA MILITAR EXTRANJERA

FRANCIA.—*Salas de recreo en los cuartéles.*—El Comité técnico de salud, encargado del estudio de la profilaxis de las enfermedades venéreas en el ejército, ha sometido al ministro de la Guerra una proposición encaminada á generalizar, en los cuarteles, las salas de recreo y de lectura para el soldado, como medio esencialmente moralizador. El ministro, en circular de 19 de Abril, invita á los gobernadores militares de París y Li6n y á los generales comandantes de cuerpo de ejército á examinar las medidas que podrian adoptarse en sus demarcaciones para realizar dicha proposición y á que le den luego cuenta de los resultados obtenidos.

Conferencias agricolas.—Una reciente circular ministerial encarece la necesidad, ya reconocida en Francia y en el extranjero, de desarrollar la ensefianza de la agricultura. Algunos regimientos han entrado ya en la via de las conferencias agricolas. Los profesores departamentales de agricultura se han manifestado muy dispuestos á prestar, gratuitamente, su concurso, para difundir esa ensefianza. El ministro de la Guerra ha decidido que, en todas las guarniciones en que puedan tener lugar, se den conferencias agricolas facultativas á los militares en horas libres de la instruccion.

Las diversas autoridades militares deberán utilizar todos los recursos de que dispongan á fin de que se dé á la fuerza que esté á sus órdenes dicha ensefianza agricola, para lo cual el gobierno reserva el mayor premio.

INGLATERRA.—*El nuevo fusil.*—La *Unitet Service Gazette* expone algunos datos acerca del nuevo fusil de que ha de dotarse al ejército. Esta

arma participa del Lee-Enfiel y del Maüser. El mecanismo de cierre pertenece á este último sistema, y puede desmontarse y remontarse sin destornillador. El alza presenta grande analogía con la de las armas de polígono. El cañón se ha reducido en 12,6 cm. y, para restablecer el equilibrio, se ha aligerado el peso de la montura abriendo en ella taladros. Además, la cantonera, en vez de ser de cobre ó de acero, es de aluminio. El nuevo fusil es de cargador (cinco cartuchos), ó sea de carga múltiple simultánea.

ITALIA.—*Concurso de pichones viajeros.*—El día 12 de Julio último, á las 5 y 30 de la mañana, en la plaza de Santa Croce di Jerusalemme (Roma), se abrieron por dos delegados de la sociedad colomófila *Vriendenbond*, de Gante, y ante el director de los palomares militares italianos y numerosa muchedumbre, 114 cajas, llegadas la vispera de Bélgica, conteniendo 2.835 pichones. Cada uno de éstos, independientemente de un número matrícula, destinado á reconocerlo y clasificarlo, llevaba, aplicada sobre las alas y la cola por medio de un timbre húmedo, la mención: «Vengo de Roma; dejadme. Después de alimentarme, devolvedme, si os place, la libertad». Según cálculos basados en experimentos anteriores, se creía que los primeros pichones entrarían en Bélgica y que en la tarde del día 14 empezarian á diseminarse hacia los diversos palomares de Amberes, Bruselas, Lieja, Charleroi, Mons y Seraing, que los habían proporcionado. En verdad, los primeros resultados han superado esas esperanzas. Un pichón de un palomar de Seraig llegó el 13, á las 5 y 9 de la tarde; otro, de un palomar de Bruselas, lo hizo al día siguiente, á las 9 y 55 de la mañana. Si se considera el hecho de que los pichones no viajan de noche, se desprende que el pichón clasificado como el primero ha recorrido más de 1.100 kilómetros en menos de 27 horas (muy cerca de 41 kilómetros por hora).

El *Esercito italiano*, del que tomamos estos detalles, hace observar que en 1878 tuvo lugar en Roma, por iniciativa y bajo la dirección de la misma sociedad, una suelta de 1.101 pichones, de los cuales sólo 57 consiguieron regresar á sus palomares, al cabo de un periodo que varia de ocho días á tres meses. Intéresante será, á no dudarlo, conocer cuántos llegarán de los 2.835 pichones del último concurso, siendo de notar, además, desde ahora, que las razas inscriptas se presentan en mejores condiciones que en otro tiempo, y esta comprobación, desde el punto de vista militar, es de gran valor.

(*Revue du Cercle militaire*)